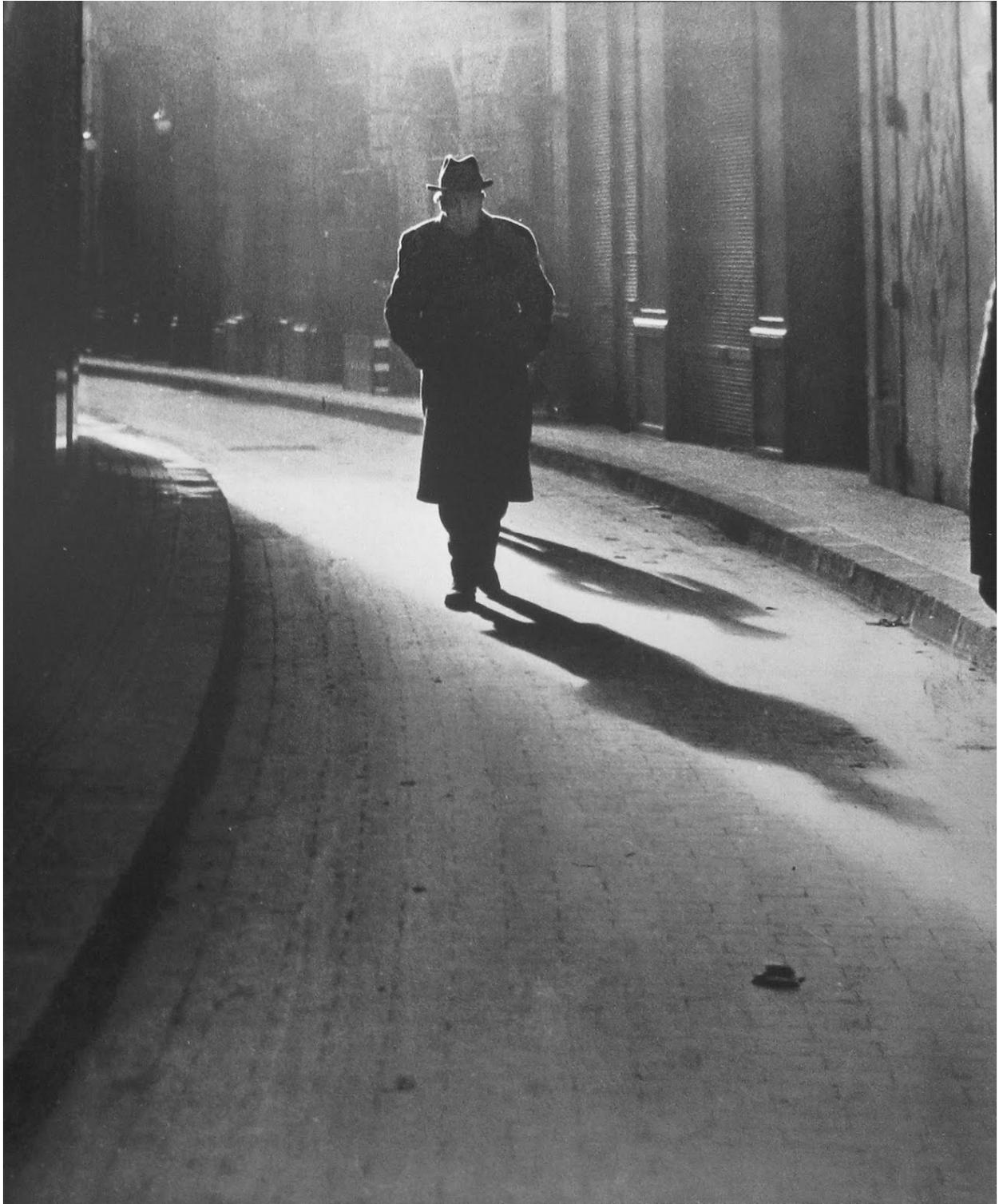


La historia de una venganza

Marcelo Deza



Capítulo 1

A Marcelo se le había conocido por su tendencia a la austeridad y al aislamiento. Por ese motivo muy pocas personas se atrevieron a escribir sobre aquél hombre misterioso y casi fantástico. Muchas personas, sin embargo, ocupaban el tiempo en tejer historias en torno a su vida; la imaginación o la literatura movía a los hombres hacia un mundo infinito donde en todos lados habitaba Marcelo. Una mañana un grupo de amigos acordaron reunirse en el bar La Fortuna para no sentir la abrumadora soledad de sus casas, y sobre todo para asegurarse de tener el discurso más exacto sobre Marcelo. La puntualidad fue general, desde afuera los hombres divisaron la mesa que los acogería. Entraron, inexpresivos. El mozo los interrumpió justo en el momento en el que Ángel Vargas nos narraba cuando Marcelo, en un día de estío, descendió de una montaña, con la presteza de una sed acumulada, y hundió la cara dentro de las frescas aguas lénticas.

-¿Qué se les ofrece, señores?

-Lo mismo de siempre, pero agrégale un café bien amargo-dijo Rodrigo Daga.

Inmediatamente las reprensiones no tardaron en cubrir el lugar de hostilidad. Santiago Ferrari, con la mano en puño sobre la mesa, objetó los comentarios de Vargas, y luego de hacerle conocer su insensatez reafirmó que Marcelo no bajó de su montaña ese día de estío, ni mucho menos estaba sediento pues en la cumbre (su destreza le permitía llegar con facilidad) los cráneos a medio abrir de las bestias le suministraba la sangre. Luego de esto, calló hasta la hora de despedida.

Se creó un silencio que no amainaba la música del lugar, el rumor de una querrela o el vidrio de los vasos contra las mesas. Se dedicaron a beber, hasta que la embriaguez los moviera a la liberación de la palabra. No fue sino hasta la tercera botella en que se quebró el silencio. Por la puerta ingresó un hombre con la cara triste, canoso pero sin una arruga, al sentarse atrás de Santiago Ferrari se presenció con más detalle las cicatrices, era medio jorobado pero imponente; Rodrigo Daga se quedó mirándolo, Vargas y Juan Perez se olvidaron del asunto y reanudaron una vieja discusión sobre armas. El hombre fumaba un cigarrillo, sus barbas reflejaban su adicción. Ángel Vargas confesó, para interés de todos, la posesión de un cuchillo que llevaba a todas partes dentro de su bolsillo, Rodrigo Daga lo interpretó como su defensa ante posibles ataques, Juan Perez, que solo evidenciaba su vanidad. Ironicamente nadie hablaba de Marcelo, el alcohol y el cigarro los había convencido de esas contradicciones que lo rodeaban para finalmente asegurar que se trataba de un ser ficticio. Largos diálogos poblaron el tiempo y cuando al fin salieron del bar, la noche inmensa era una purificación. Caminaron por la carretera, vacilando, embriagados y abrazados; sus palabras se volvieron ininteligibles. De pronto, un murmullo desde atrás llegó a sus oídos, los hombres se volvieron, vieron una sombra que avanzaba hacia ellos, su cara era un enigma hasta que el brillo de la Luna la cubrió

completamente; un hombre de barba canosa y de sonrisa maligna atravesó sus corazones con una espada. Los hombres fallecieron sin poder expresar su asombro. Tiempo después, a raíz de ese trágico suceso, la gente del pueblo comenzó a creer que Marcelo castigaba con la muerte y nadie podía contradecir esa sentencia.